

pucio; sinapismos, bebidas purgantes, póciones, lavativas, etc., etc.

Bien veis que esos señores no pierden su tiempo.

¿Es SEROSA?.....

¡Qué áplomo! ¡Esas dos apoplejías se distinguen, en efecto, tan fácilmente como el ojo derecho del izquierdo!

“Insistir menos en las emisiones sanguíneas, y más en los revulsivos cutáneos é intestinales. Infusión de árnica.”

Aquí os detengo, señores, ¿por qué el árnica? ¿Quién os ha dicho esto? ¡Tened cuidado! esto comienza á oler á homeopatía.

¿LA APOPLEGIA ES SIMPATICA DE OTRAS AFECCIONES?—“Sehará marchar de frente el tratamiento propio de la apoplejía y el de esas afecciones.”

¡Nada más fácil, en efecto, que dirigir varias batallas, y hacer marchar un ejército de frente contra muchos enemigos. ¡Aquila infantería, allí la caballería, por doquiera la artillería, no falta más que dar el mando de la maniobra!

Ya lo veis, á grandes males, grandes remedios. Hay casi razón para tener deseos de un ataque de apoplejía. Ciertamente, podéis perecer en él, ¿pero qué importa? “¿Qué más se podía hacer?” ¡Y si por azar escapáis, de buena habéis escapado! pero también «al

vencer sin peligro se triunfa sin gloria.»

SANGRIA DE PRECAUCION.
—Aquí seré breve.

Esta cuestión parcial, se encuentra ya resuelta por todas las consideraciones precedentes. Esta especie de sangría, ciertamente, es muy absurda, y muy irracional, y sin embargo, todavía está en boga, es reclamada todos los días por los clientes, y los médicos tienen la debilidad de concedérsela. Así es como en lugar de desarraigar esta preocupación, ellos la riegan con la sangre del pueblo demasiado crédulo.

Acabáis de experimentar una viva emoción, acabáis de entregaros á una violenta cólera, acabáis de daros una caída ó recibir un golpe, pronto una sangría, sin la cual tendréis un ataque de apoplejía. Así es que casi todos los días, algún obrero del ferrocarril llega á pedirme una sangría porque se ha asustado en tal ó cual accidente. Siempre mi conducta ha sido ésta: «Tomad primero este remedio, y si, mañana, tenéis necesidad de ser sangrado, os sangraré.» «Ni una sola vez» me ha pasado que me pidan una segunda sangría. Me complazco en decirlo, desde que curo á esos interesantes obreros, mis manos están puras de su sangre. ¿Y para qué quitarles una so-

la gota? la necesitan para trabajar y ganar el pan cotidiano de su familia. La sangre es la fortuna del obrero.

SANGRIA DE HABITO. — Es verdaderamente incomprensible que muchas personas hayan tomado el hábito, y esto por años, de hacer, en cierta época, una sustracción á sus fuerzas vitales. Van periódicamente á la casa del médico, á llevar su brazo á la lanceta, para hacerse limpiar su sangre, como á la del relojero, para hacer limpiar su reloj.

¡La sangre me hace la guerra!

He aquí el fruto de las ideas falsas respecto á la pretendida plétora. ¡La plétora! ¡ese gran espantajo de los amantes de la vida!

¡La sangre os hace la guerra, y, de tiempo en tiempo, tenéis el hábito de hacer os sangrar!

¿Queréis que os lo diga?..... Observáis demasiado los aforismos de Brillat-Savarin, y no lo suficiente las leyes del trabajo.

¡Tenéis mucha sangre y mucha grasa! id, entonces, á participar, durante un mes, de los hábitos, de los cuidados y de las fatigas de los campesinos y de los obreros. Como ellos, id al campo ó al taller á gastar un litro de sudor diario; como ellos, comed y bebed lo que encontrareis en su mesa, y en se-

guida me vendréis á decir si tenéis necesidad de ser sangrados.....

SANGRIAS HOMICIDAS.—La asociación de estas dos palabras, quizá os sorprenda; sin embargo, ellas van perfectamente unidas.

Hay casos, en efecto, en los que la sangría es directa, voluntaria y seguramente homicida.

Hipócrates, no sangraba ni á los niños ni á los ancianos. Hasta Galeno terminó por recomendar la mayor circunspección en esas dos épocas extremas de la vida. Pero en nuestros días, ya no se mira tanto. ¡Se hallarían, quizá, aun Luis XI capaces de beber la sangre de los niños! Cuando un lobo rapaz, cae sobre un rebaño, los tiernos corderillos son un manjar exquisito á su apetito, y los viejos borregos, aunque un poco duros, también son el regalo de sus crueles incisivos.

¡Sangrar á los niños! ¡hacerles devorar por esos horribles animales negros! ¡Detener y secar el curso del líquido vital, en el momento, en el que apenas se forma, en el momento, en que comienza apenas á saltar, bajo la primera fermentación de la vida!

¡Sangrar á un anciano! ¡Soplar en ese tizón cuya última chispa rauda vacilante en las tinieblas de los últimos días! ¡Sangrar á un anciano, despojarle de la última gota de

la vida, como un ladrón despoja á un pobre de su último harapo!

¡Sangrar á un tuberculoso! Extinguir en sus manos temblorosas y heladas, la antorcha de la vida que proyecta su último reflejo sobre sus pómulos rosados, como un sol de otoño enrojece á las colinas con sus rayos moribundos!

¡Sangrar á ese delicado joven, para contener la sangre que vomita su pecho demasiado débil! ¡Romper ese vaso frágil, porque deja desbordar el licor que ya no puede contener!

¡Sangrar á ese infeliz duque de Orleans, triste víctima de una fatal imprudencia! ¡Abrir las venas de ese cuerpo, ya helado, casi cadáver! ¡Sofocar toda reacción de los supremos esfuerzos de la vida! ¡Cortar el único hilo que le tiene suspendido sobre el abismo de la tumba!

He aquí otros tantos crímenes cometidos, si no por los médicos, á lo menos por los falsos principios que ellos adoptan.

Me acuerdo haber sangrado, en otro tiempo, á un hombre en el tercer grado de la tisis pulmonar. Sangradme, decía, yo no estoy enfermo, sino por la mucha sangre. —Le sangré y murió tres días después. ¡Cuántas veces me he arrepentido de este acto! Me apresuro, sin embargo á decirlo: yo ejecuté

la orden del profesor, y no hacía un mes que era yo discípulo.

Todavía me acuerdo de haber sido llamado un día para asistir á un joven estudiante de medicina, ya próximo á recibirse. Esputaba sangre, y se encontraba, en el segundo grado de esa fatal enfermedad, tan bien conocida y tan poco curable. El me pidió inmediatamente una sangría, que yo le rehusé.—Doctor, me dijo, si vuelve el esputo, quiero ser sangrado.

Y casi tenía razón; el mejor medio de impedir que alguno vomite su sangre, es el quitársela.

Una nueva hemoptisis llegó un mes después. Las mismas instancias de su parte, el mismo rehusamiento de la mía. Entonces hizo llamar á otro médico más complaciente, y le sangró.

El enfermo murió..... y los parientes dicen que no hubiera muerto, si desde un principio yo le hubiera sangrado.

¡Triste error y triste desesperación!

El doctor Frappart, médico y amigo de Broussais, dijo un día, con un melancólico arrepentimiento, mostrando el busto del inmortal Galin: «He aquí á un hombre, á quien yo he hecho morir diez años antes de su tiempo, por las sangrías»

Descartes, dijo en su lecho de

muerte, á los médicos que se disponían á sangrarle. ¡Señores, encomiad la sangre francesa!

¡Que los médicos aprovechen esta lección, y mediten estas solemnes palabras del célebre filósofo!

Que recuerden, sobre todo, en su práctica, la confesión de Magendie: «Desde hace diez años, dijo ese profesor á sus discípulos, no he tenido necesidad de recurrir á sangrías más copiosas (60 á 80 gramos); en otros términos, más bien me he propuesto obrar sobre el espíritu de los enfermos que sobre la circulación, y no temo avanzar que mi práctica no ha sido más desdichada.»

SANGUIJUELAS, VENTOSAS, ESCARIFICACIONES.—¿Os hablaré, madres de familia, de esos animales negros que se regalan con un apetito tan cruel, con la sangre de vuestros niños delicados? ¿Por qué rodáis á esos pequeños seres de la más tierna solícitud? ¿Por qué adoráis su sueño con tanto amor? ¿Por qué extendéis el plumón, bajo sus primeros pasos en el camino de la vida? ¿Por qué alejáis de sus juegos las menores aproximaciones del más ligero peligro? ¿Por qué los cubris con vuestra ala bien caliente y llena de inquietud? Su más pequeño grito os agita, su más pequeña emoción os pone en alarma, su más pequeño sufrimiento, os

hace derramar lágrimas..... ¡y se los dáis á comer á las sanguijuelas! su sangre, que es vuestra sangre, la dáis á beber á esos asquerosos animales, su carne que es vuestra carne, la servís en festín á esos pequeños vampiros! ¡Id entonces á habitar el archipiélago Aleuciano!

SANGRIAS, VENTOSAS, ESCARIFICACIONES.— Todos los detalles referentes á estos medios bárbaros, serían, según creo, supérfluos, después de todo lo que acabamos de decir respecto á la inutilidad, la preocupación y el peligro de las emisiones sanguíneas. Me limitaré, pues, á leeros el artículo de un diario político, que las proscribe y las abate con la más firme convicción. Hé aquí, en su especie de profesión de fe por la Homeopatía, las hermosas líneas escritas por Luis Jourdan, redactor del "Siccle" número del 5 de Enero de 1856.

«¡Creeríais que somos todavía tan bárbaros en Francia, para que permitamos á la vieja medicina aplicar, un año con otro, cuarenta millones de sanguijuelas sobre los cuerpos de nuestros parientes y de nuestros amigos enfermos! Suponiendo que la cantidad de sangre humana, con la que se harta cada sanguijuela, y la que se escapa por la abertura practica cada por su dardo triangular, equivale como término medio á dos

«onzas solamente, se llega á este resultado, que el promedio de la sangre derramada cada año de orden de los médicos, es ochenta millones de onzas. Este es un total de dos millones quinientos mil kilogramos de sangre, es decir, un río de sangre, del elemento vital por excelencia, y del cual la naturaleza no nos ha dotado probablemente sino de lo estrictamente necesario.

«!Y tenemos la fatuidad de creer que somos un pueblo civilizado! La sanguijuela tiene sus partidarios desenfrenados, y sus adversarios: yo me cuento entre estos últimos...Y esta es la razón por la que la Homeopatía, que excluye á la sanguijuela y á la sangría del tratamiento de los enfermos, es, á mi ver, la medicina por excelencia. Por lo que, el día que llegue á suceder á los criadores de sanguijuelas lo que pasó á los maestros de posta, cuando vieron pasar por primera vez un ferrocarril, ese día será, mal que le pese á la gran sombra de Broussais, un hermoso día para la humanidad entera.»

Tranquilicémonos, pues, cuando la gran voz de la publicidad clama contra un abuso; este abuso no está lejos de su caída.

Por lo demás, es preciso decirlo, la nueva generación de mé-

dicos es mucho más sobria de sangrías y de todos esos medios homicidas. No existen sino los viejos Broussaissianos, cuya mano rutinera y temblorosa perfora el receptáculo vital de los desdichados enfermos.

Si, poco á poco, todas esas preocupaciones desaparecerán de la pura y sana terapéutica. Poco á poco, los progresos de nuestra civilización sofocarán todos esos errores. Y llegará un día en el que las sanguijuelas no figuren sino como piezas curiosas en la colección de los anélidos. Y cuando, en los tiempos futuros se encuentre una lanceta en algunas excavaciones subterráneas, se la llevará á los museos, al lado de los restos y trozos de armas de los Persas ó de los Romanos. Y entonces se hablará de lo que se hacía en el siglo XIX, y nadie querrá creerlo, ni los niños, "nec pueri credent ista," como dijo Juvenal.

Y después de haber formulado mi opinión en este jurado científico, con conciencia, franqueza y firmeza, que me sea permitido repetir estas palabras enérgicas de Thiers:

"Si, el mal es grande, más grande de lo que podemos decir, y bien! lejos de inclinarme ante él, porque él es grande, yo le doy en la cabeza." (Moniteur du 18 mars, 1846.)

Y para protestar mi profundo respeto al cuerpo médico en general, me atrevo á apropiarme este pensamiento de un hábil escritor político.

«No quiera Dios que yo inculpe á todos aquellos hombres que obrando en la medida de sus luces,

«han obedecido á su conciencia, y no han creído asumir la responsabilidad de tan grandes cosas. He podido combatir las opiniones de casi todos, jamás he puesto en duda la probidad, la abnegación de ninguno.» (Proudhon, La Revolution sociale, pág. 56.)